

Al rescate de vidas



ANTONIO TRIVES

Cientos de españoles acuden a Grecia para paliar el drama de los refugiados. Estos son algunos de ellos

Grecia se ha convertido en el escenario de las dos caras de la migración. Por el sur, decenas de miles de personas llegan huyendo de la guerra, jugándose la vida en el mar. Pero, nada más pisar tierra firme, se enfrentan a un muro infranqueable: la frontera norte. Sin embargo,

justo por ahí, de la mano de un puñado de voluntarios, algunos de ellos españoles, les alumbra el único rayo de esperanza. El país heleno, sumido en su propia crisis, se ha convertido en un territorio de encuentro y solidaridad. En ese lugar en el que nos damos perfecta cuenta de que todos, en algún momento de nuestras vidas, podemos ser migrantes.

173.447 personas llegaron a Grecia a través del Mediterráneo el año pasado. 1.662 en el mes de diciembre. Son datos de ACNUR, la agencia de la ONU para la gestión de los refugiados. Pero no todos lo consiguieron, más de 5.000 personas murieron en naufragios. Quizá esa parte más visible de la tragedia es la que ha impulsado a muchos españoles a desplazarse a este país

para ayudar tanto a los refugiados como a la sociedad griega en labores de rescate marítimo, atención sanitaria, gestión de alojamiento, espacios educativos y lúdicos, y reparto de ropa y comida.

Es prácticamente imposible determinar la cifra de cooperantes que han viajado a Grecia; españoles hay cientos, quizás miles. Lo que sí sabemos es que dedican

tiempo, esfuerzo y dinero a contribuir a que los refugiados vivan con unos estándares mínimos de dignidad. La inmensa mayoría de los voluntarios han viajado de forma independiente y mediante proyectos autogestionados. Algunos han aprovechado las vacaciones, otros no tienen fecha de vuelta y también están los más veteranos. Estos son algunos de sus perfiles.

DANI RIVAS COORDINADOR COCINEROS

«Han dejado de lado a Grecia, ya no es Europa»

El campo de Suda, en la isla de Quíos, es uno de los primeros contactos que los refugiados tienen con Europa tras su travesía en barco. En este campo, Dani es el coordinador de Zaporeak Proietkua (Proyecto Sabores), una asociación gastronómica de Intxaurreondo (San Sebastián). Cocinan y dan de comer a las 1.200 personas que allí viven en tiendas de campaña y sin electricidad. Este joven de 26 años llegó a principios de marzo de 2016 con la ilusión de que en po-

cos meses la situación cambiara drásticamente y se encontrara una solución rápida, pero el contexto ha evolucionado a peor. «Siento que esto no es Europa. Han expulsado a Grecia de Europa. Quíos es uno de los peores sitios que hay, genera frustración y odio», reflexiona Dani. Esa sensación de no estar en la tierra de las oportunidades la comparten todos los refugiados que, además, paradójicamente, en su primera impresión respecto al trabajo de los voluntarios consideran que son parte de un cátering y

están remunerados y al servicio de los gobiernos. Con el paso del tiempo consiguen distinguir a la gente solidaria que dedica su tiempo, esfuerzo y dinero a ayudarles, de los gobiernos y sus políticas.

Rivas asiste al día a día de estas personas y es testigo de la transformación que experimentan, desde su ilusión cuando llegan a la tierra que consideran que les va a acoger hasta su desencanto cuando comprueban que muchos otros llevan más de nueve meses esperando. La desesperación, la frustración, la espera incierta y las condiciones en las que se encuentran en el campo provocan incluso que algunos prefieran regresar a Turquía antes que seguir encallados en esa situación.

Dani evalúa 2016 como el año en el que la sociedad civil dio un claro mensaje de ayuda y solidaridad mientras que la Europa política dio la espalda a los miles de refugiados.



Dani Rivas reparte comida entre los refugiados con otros voluntarios. :: CLARA SERENA

ROWING TOGETHER EQUIPO ATENCIÓN GINECOLÓGICA

«Lleva camino de ser un nuevo Sahara, sin solución durante años»

Con una ambulancia y otro vehículo, este equipo formado por enfermeras y ginecólogas de Mallorca, Murcia, Logroño y Madrid visita a diario campos de refugiados de la parte norte del país para ofrecer atención a embarazadas y cuidados de ginecología general a las mujeres. Ahora mismo trabajan en nueve campos y atienden mensualmente a unas 160 mujeres. No saben muy bien por qué, pero a veces no les dejan entrar en los recintos y tienen que apañárselas para

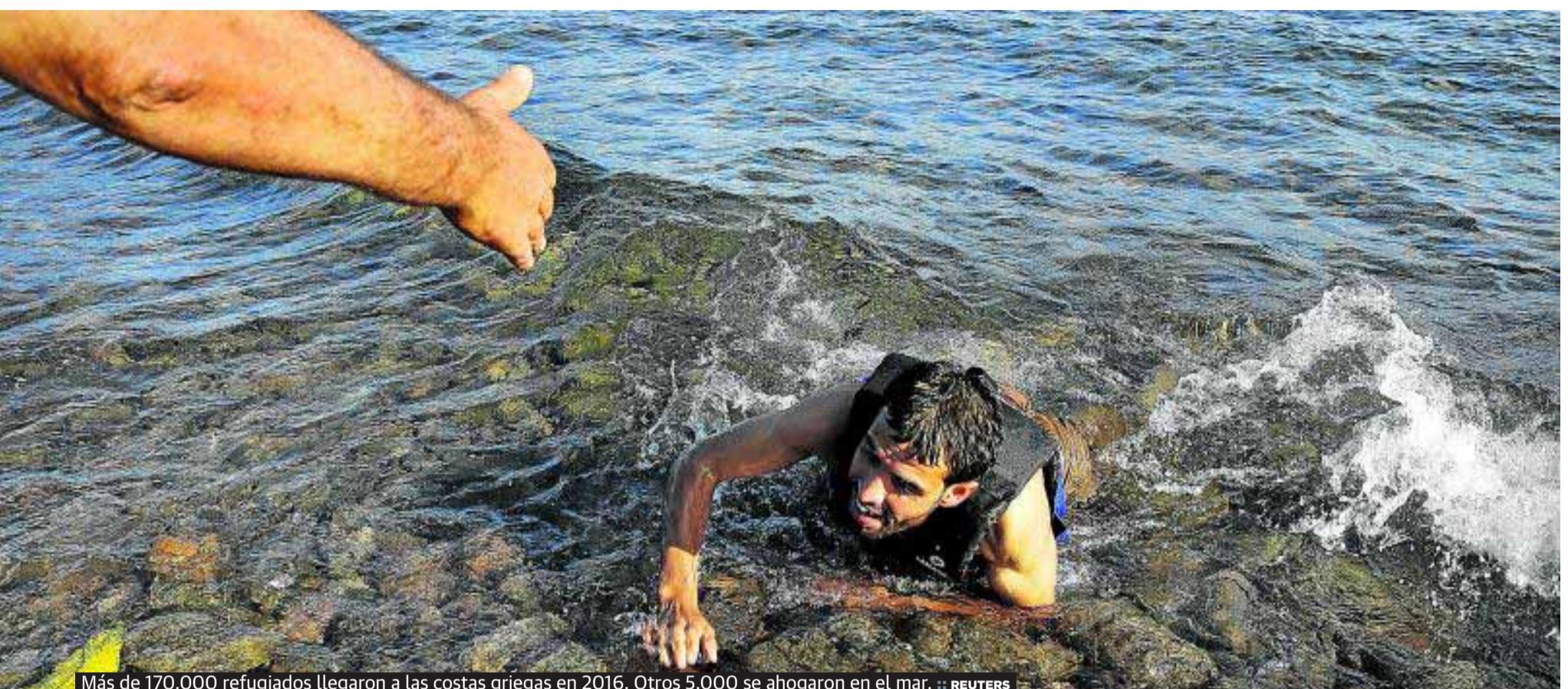
que las mujeres salgan fuera a pasar reconocimiento. Así funciona todo. Ángela, que todavía no sabe cuándo regresará a España, dejó su trabajo en el área de Urgencias de un hospital para venir a aportar sus conocimientos y ayudar a las refugiadas. Cecilia, ginecóloga, y Ana, enfermera, han dedicado sus doce días de vacaciones en Navidad a este proyecto, en el que participan tres personas más, entre ellas un refugiado palestino que colabora como traductor. A todas les sorprende el alto número de emba-

razadas que encuentran, así como la poca atención personalizada que han recibido y las condiciones en las que viven. En algunos campos no tienen agua caliente ni electricidad o duermen en tiendas de campaña.

La sensación de encuestamiento y la ausencia de soluciones dignas y justas al problema son tan evidentes que Ana pronostica que se acabe pareciendo al conflicto en el Sáhara, «donde la gente pasa años y años en campamentos». Esta percepción de bloqueo se acentúa al ver cómo hacen más sofisticados algunos campos. «Esto es porque no piensan reubicarlos por países europeos a corto plazo». Todas coinciden en el amplio desconocimiento que hay en España de la situación real. En la sociedad de la imagen cuesta que el cotidiano drama invisible de la espera, la incertidumbre y la falta de expectativas haga mella en la sensibilidad de las personas.



Médicos, enfermeras y su traductor, ante la ambulancia. :: A. TRIVES / FUNDACIÓN PORCAUSA



Más de 170.000 refugiados llegaron a las costas griegas en 2016. Otros 5.000 se ahogaron en el mar. :: REUTERS

VICENTE CARRO TRANSPORTA SUMINISTROS

«No des la espalda a un problema que un día puede ser tuyo»

Desde febrero del año pasado, Vicente ha estado en los puntos más calientes de la llegada de refugiados a Grecia. Empezó en Lesbos, continuó en Atenas e Idomeni y ahora desarrolla su labor en la zona de Polikastro, en la zona norte del país. Llegó con la Plataforma Cantabria Pasaje Seguro y Cantabria con las Personas Refugiadas, pero ha colaborado con numerosos colectivos y voluntarios independientes españoles. Su trabajo consiste en transportar material, comida y

ropa por diferentes campos. Además, ayuda a encontrar alojamiento en viviendas a familias que quieren salir de estos recintos. Vicente, que se costea de su bolsillo la estancia en Grecia, es muy conocido y querido por su compromiso tanto con los refugiados como con los voluntarios que acuden al norte del país. Ha sido testigo de la situación en la que vivían los refugiados en Idomeni y el jarro de agua fría que supuso el cierre de ese campo. La apertura de otros emplazamientos y la reubicación de sus alojados en

ellos significaba que el bloqueo de las fronteras no sería momentáneo, sino una situación a largo plazo.

Vicente considera que la sociedad muestra preocupación y sensibilidad sobre lo que está ocurriendo aquí; no así los gobiernos, la clase política, que es la que debe adoptar soluciones. Insiste en que «la gente huye de una guerra porque le van a matar. Lo peor es dar la espalda a un problema que cualquier día puede ser el tuyo, pensar que es una situación que nunca te va a llegar a ti, y no tener memoria de que esto ha pasado en España y puede volver a suceder». Justo por esto tiene tan clara la necesidad de la empatía, ya que considera que la preocupación por las personas refugiadas consiste en identificar que sus derechos son los nuestros: «No se pueden vulnerar derechos humanos como la libertad de movimiento o la incertidumbre de si tendrán un futuro digno».



Vicente Carro, ante un camión cargado de ayuda para los refugiados. :: A. TRIVES

ALBERTO TORRES BALLOONA MATATA

«No veo otra solución que la apertura de fronteras»

Antes de finalizar el año dejó su templada Valencia para pasar los siguientes diez días en el frío norte de Grecia con el colectivo Balloona Matata, ocupado en el reparto de juguetes y material para los refugiados. Es la primera vez que Alberto viene a desarrollar labores de voluntariado y lo ha hecho bajo dos premisas muy claras. Por un lado, ser testigo directo de lo que está pasando, y por otro aportar el granito de arena que esté en sus manos. Pero su mente no deja

de plantearse las contradicciones a las que debe enfrentarse a diario. Su debate personal consiste en poner en una balanza si es beneficioso o perjudicial ayudar y crear vínculos con los refugiados durante unos pocos días y luego regresar, sin más, a la comodidad de su vida como profesor de lengua y literatura. «Es muy difícil, porque cuando te sitúas y ves cómo puedes ayudar bien, ya te tienes que ir», explica. Durante los primeros días le invadía la sensación de hacer cosas inútiles y que no aportan nada,

junto a un sentimiento de frustración. Pero, para resolver su debate, se recuerda a sí mismo que la omisión de actuar no es una opción.

Lo que más le ha sorprendido en esta corta pero intensa estancia es la miseria y el drama que no se ven, que solo se conocen cuando hablas con los refugiados. Ese aspecto descorazonador lo personaliza en la cantidad de gente que hay paralizada en un territorio sin posibilidad de organizar una nueva vida, ni de encontrar un trabajo, ni de reunirse con los familiares que ya tienen en otros países europeos. «La gente está varada en un presente eterno, sin futuro, sin saber qué va a ser de ellos», describe Alberto. Esa espera eterna es lo más terrible que ha visto, sin diferenciar entre quienes se alojan en viviendas o las que permanecen en un campo. «No veo otra solución para ellos que no sea la apertura de fronteras», concluye el cooperante.



Alberto descarga juguetes de una furgoneta con otra cooperante. :: A. T.